

ISSN 1751-8229

Volume Five, Number One

Sujetos políticos y dimensión afectiva: una lectura de *La razón populista* de Ernesto Laclau.

María Martina Sosa - FSOC/ UBA: Facultad de Ciencias
Sociales Universidad de Buenos
Aires, Argentina

En sus diferentes escritos, Laclau brindó especial atención a la elaboración de herramientas teóricas que le permitieran concebir la estructura de la objetividad social como una totalidad no suturada (necesaria e imposible a la vez), que resultara condición de posibilidad de la emergencia de la política y de la constitución de sus sujetos. En este marco, el filósofo político argentino desarrolló una posición crítica respecto de aquellas posturas que tendían a conceptualizar los sujetos políticos como agentes racionales y homogéneos. Desde este punto de vista, los sujetos políticos eran concebidos exclusivamente como efecto de las articulaciones discursivas y la dimensión subjetiva o vivida no era tenida en cuenta por el autor como una variable pertinente de análisis.

Durante la década de los noventa, la paulatina incorporación de categorías del psicoanálisis llevó a Laclau a las puertas de una indagación sobre la constitución de los sujetos políticos que pretende incorporar la dimensión de la subjetividad al análisis político. En distintos artículos y entrevistas el autor presentó exploraciones en torno del sujeto y la identificación, el

objeto a o la relación entre los registros de lo Real y lo Simbólico. Sin embargo, estas nociones del psicoanálisis suponen una problematización en torno de lo que, sin mucha precisión, podemos denominar “inversión afectiva”, que en sus intervenciones se encontraba ausente.

Ahora bien, en *La razón populista*¹, guiado por una indagación en torno de “la lógica de formación de las identidades colectivas”, Laclau va a trabajar la importancia del afecto en la configuración de las relaciones sociales y la productividad de la nominación en la constitución de las identidades colectivas. En este ensayo nos vamos a centrar en la forma en que éste autor, sin poner en cuestión la idea de que los sujetos son efecto de las estructuras objetivadas, comienza a resaltar la necesidad de construir categorías para incorporar la dimensión afectiva al análisis de las intervenciones políticas. Los dos ejes en los que se apoya esta búsqueda son la noción de identificación como “la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona”² y la lógica del *objeto a* que, en tanto objeto de satisfacción pulsional, constituye para Lacan una particularidad capaz de encarnar la totalidad perdida.

Ambos núcleos teóricos tienen dos características en común. Por un lado, tanto la noción de identificación como la problemática del *objeto a* se encuentran presentes en escritos anteriores del filósofo político argentino. En varios de sus artículos el concepto de identificación es puesto en juego para cuestionar la categoría de identidad y pensar la centralidad de la constitución de los sujetos en el análisis político. Asimismo, y si bien es apenas mencionada, la lógica del *objeto a* ya había sido utilizada por Laclau para oponer a otras formas de concebir el espacio social una en la que el cortocircuito entre particularidad y universalidad permite pensar la totalidad social como, a la vez, necesaria e imposible.

Pero, al mismo tiempo, cabe resaltar que tal como se encuentran trabajados en *La razón populista* ambos núcleos teóricos se encuentran convocados y asociados por una característica común que, como resaltamos, había estado ausente en las anteriores indagaciones de Laclau. Ambas nociones, reiteramos, ponen en juego el afecto³ como dimensión central de la subjetividad y como factor explicativo tanto de la constitución/intervención de los sujetos políticos como de la configuración política del espacio social. Ambas nociones, a la vez, contribuyen a complejizar dos carriles centrales que organizan la producción teórica de Laclau y nuestra propia exploración: discurso y sujeto.

La razón populista

Antes de desplegar el examen sobre la manera en que las nociones de identificación y *objeto a* contribuyen a la construcción de herramientas para el análisis político de Laclau, cabe realizar una breve presentación del contexto en el que ellas son trabajadas, es decir, de las características generales de *La razón populista*.

El esqueleto teórico básico sobre el que se estructura el libro, publicado en el año 2005, no se diferencia sustancialmente del desarrollado a partir de *Hegemonía y estrategia socialista*. Más bien podemos decir que este texto produce una suerte de complejización y sistematización del terreno teórico -configurado por la concepción de lo social como discursivo, la lógica de la diferencia y de la equivalencia, los significantes vacíos y flotantes y la articulación hegemónica- que el texto de 1985 había apuntalado.

La apuesta explícita del libro, sin embargo, es discutir la forma en que fue pensado el populismo en la teoría política clásica. De esta manera, le opone a aquella mirada que, partiendo de una reducción de la política a una técnica de administración, lo ve como un fenómeno a la vez marginal e inaprehensible, la idea de que se trata de “*un modo de construir lo político*”⁴ cuyas lógicas específicas “*están inscriptas en el funcionamiento real de todo espacio comunitario.*”⁵ En palabras del autor, la hipótesis que va a guiar su indagación teórica es

que el impasse que experimenta la teoría política en relación con el populismo está lejos de ser casual, ya que encuentra su raíz en la limitación de las herramientas ontológicas actualmente disponibles para el análisis político; que el ‘populismo’, como lugar de un escollo teórico, refleja algunas de las limitaciones inherentes al modo en que la teoría política ha abordado la cuestión de cómo los agentes sociales ‘totalizan’ el conjunto de su experiencia política.⁶

Desde este punto de vista, la reflexión sobre el populismo es el ámbito en el que se cristalizan y sistematizan algunas de las reflexiones que, surgidas de los impasses de *Hegemonía...*, Laclau fue desplegando en distintos artículos entre los años 1985 y 2005. Este es el marco, entonces, en el que las nociones ligadas al psicoanálisis que vamos a analizar en las páginas que siguen configuran una complejización de las nociones de discurso y sujeto trabajadas por el autor. Ahora bien, sin duda no es casual que el contexto de emergencia de la preocupación por buscar herramientas teóricas que den cuenta del papel del investimento afectivo en la acción política sea la apuesta por moldear una conceptualización del populismo, que es calificado de irracional e indefinible desde otras perspectivas, como clave de desciframiento de las lógicas que explican la construcción del espacio político y las intervenciones subjetivas que participan en su configuración.

La identificación

En lo que en otro lado llamamos un “segundo momento”⁷ en su producción teórica, Laclau presentó la noción de identificación estrechamente ligada a la de decisión como un camino para conceptualizar el mecanismo, político por excelencia, de constitución de las “identidades” y para postular cierta participación del sujeto en este proceso.

En esta ocasión, la puerta de entrada para la reflexión sobre la noción de identificación es a través de un recorrido por las perspectivas teóricas que en el siglo XIX se ocuparon de caracterizar el comportamiento político de las masas. En este marco, Laclau rescata el escrito *Psicología de las masas y análisis del yo* publicado por Sigmund Freud en 1921 como un hito fundamental para la comprensión de este fenómeno. Tal como lo indica Laclau, el progreso radical que se pone en juego en este ensayo tiene como punto de partida el cuestionamiento de la distinción tajante entre psicología individual y psicología social. En palabras del autor:

Freud comienza su trabajo afirmando que la oposición entre psicología individual y psicología social pierde buena parte de su nitidez si se la considera más detenidamente, porque desde el principio de su vida, el individuo está invariablemente vinculado a otra persona.⁸

Dos cuestiones se desprenden de este original punto de partida. En primer lugar, desde este punto de vista la psicología individual es concebida necesariamente, al mismo tiempo, como psicología social. En segundo lugar, el lazo social debe pensarse en la misma clave con la que se conciben las relaciones que nos unen a los demás desde el comienzo de nuestra vida. Es decir, utilizando las palabras del propio Freud, *“en la vida anímica del individuo el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo”*⁹.

Ahora bien, estos vínculos tienen una carga afectiva innegable. Si consideramos que son el anclaje de las relaciones sociales no podemos más que afirmar con Freud, dirá Laclau, que *“el lazo social es un lazo libidinal”*¹⁰. En tanto lazos emocionales que unen al grupo, los vínculos sociales pueden ser concebidos, entonces, como *“pulsiones de amor que se han desviado de su objeto original y que siguen, de acuerdo con Freud, un modelo muy preciso: el de las identificaciones.”*¹¹

En este contexto, entonces, Laclau se sirve del carácter central que tiene la noción de identificación -que *“como tal establece precisamente un lazo social, es en sí misma lazo social”*¹²- en la configuración de Freud, para subrayar la carga libidinal que las relaciones sociales conllevan y marcar la similitud entre los mecanismos de constitución de las subjetividades individuales y colectivas.

Según Laclau es posible encontrar tres formas principales de identificación en Freud¹³: la primera, con el padre; la segunda, con el objeto de elección amorosa; y la tercera, a raíz de la percepción de una cualidad común compartida con otras personas que no son objeto de las pulsiones sexuales. En *La razón populista*, el autor sostiene que es este tipo de identificación la que se da principalmente entre los miembros de un grupo y que descansa en la naturaleza del lazo con el líder. La identificación entre los miembros de un grupo de estas características está signada por la manera en que cada uno de ellos inviste libidinalmente la figura del líder y lo ubica en el lugar del ideal del yo. En otras palabras, en el lugar de un significante que regula las identificaciones imaginarias de cada uno de los miembros del grupo.

En esta primera referencia al psicoanálisis, entonces, aparecen dos elementos fundamentales para nuestra indagación: la centralidad del afecto (de las mociones pulsionales) y de los procesos de identificación para pensar la lógica política y los modos de constitución/intervención de sus sujetos. En realidad no se trata de dos fenómenos claramente discernibles. Para comprobarlo, basta atender a la ya apuntada definición que Laclau retoma de *Psicología de las masas...*: la identificación es “*la exteriorización más temprana de un lazo afectivo con otra persona.*”¹⁴ De todas formas, esto supone pensar los sujetos políticos ya no como un dato primario sino como efecto del proceso de identificación que, por definición, se sostiene en una ligazón libidinal.

De esta manera, los señalamientos de Freud sobre el carácter inherentemente libidinal del vínculo social le resultan a Laclau sumamente productivos tanto para reconfigurar el terreno de la reflexión sobre el populismo como para pensar la propia constitución, política, de los sujetos colectivos. Más aún, Laclau encuentra en la conceptualización freudiana dos lógicas sociales que, según indica, intervienen en diversos grados en la conformación de cualquier lazo social: el investimento de la figura de una persona o una idea que se coloca fuera de la comunidad y en función de la cual se trazan sus límites o la introyección de este “objeto” como parte de la identidad de la propia comunidad. Ambas le sirven al pensador político argentino como marco a la hora de trabajar las formas en que lo social tiende a organizarse como totalidad –precaria y provisoria- en torno de un objeto/significante que, a pesar de su particularidad, se erige como el punto de unidad.

Sin embargo, tal como lo indica el propio Laclau, esta reflexión freudiana sobre la identificación no es más que un punto de partida para la construcción de herramientas teóricas para pensar la constitución política del espacio social y de los sujetos colectivos. Así, se ocupa de subrayar que *La razón populista* “...no debería concebirse como un ejercicio ‘freudiano’. Hay muchas cuestiones que Freud no trató, y muchos caminos, bastante importantes para nuestros propósitos que él no siguió. Por eso es que nuestra investigación debe apelar a una pluralidad de tradiciones intelectuales.”¹⁵

Desde el punto de vista que nos interesa, es decir, si continuamos con el rastreo de la manera en que el autor intenta aprehender el papel de la subjetividad y la dimensión afectiva en los fenómenos políticos, en el libro de Laclau la reflexión freudiana sobre la identificación tiene su continuación en el marco del pensamiento lacaniano. En el apartado “Nominación y afecto” del cuarto capítulo de *La razón populista*, el filósofo argentino destaca el papel de los significantes en la operación de nominación y subraya su carácter performativo. Apoyado en las elaboraciones de Slavoj Žižek¹⁶ sostiene que lejos de las posturas descriptivistas y antidescriptivistas que dominan el campo de la reflexión sobre el modo en que los nombres se relacionan con las cosas, en la perspectiva lacaniana, los significantes no “nombran” un objeto preexistente sino que lo constituyen como tal; se tornan su fundamento. En el caso que nos interesa, por lo tanto, son los

significantes los que le confieren unidad, y por lo tanto “identidad”, a los sujetos colectivos. La línea argumentativa que une la problemática freudiana de la identificación con la productividad del nombre que postula la perspectiva lacaniana resulta clara en los siguientes pasajes del texto¹⁷:

...la posición de sujeto popular no expresa una unidad de demandas constituidas fuera y antes de sí mismo, sino que es el momento decisivo en el establecimiento de esa unidad. (...) Si –dada la heterogeneidad radical de los vínculos que intervienen en la cadena equivalencial- la única fuente de su articulación coherente es la cadena como tal, y si la cadena sólo existe en tanto uno de los vínculos juega un rol de condensación de todos los otros, en ese caso la unidad de la formación discursiva es transferida desde el orden conceptual (lógica de la diferencia) hacia el orden nominal. (...) En estos casos, el nombre se convierte en el fundamento de la cosa. Un conjunto de elementos heterogéneos mantenidos equivalencialmente unidos sólo mediante un nombre es, sin embargo, necesariamente una singularidad. (...) De esta manera casi imperceptible, la lógica de la equivalencia conduce a la singularidad, y esta a la identificación de la unidad del grupo con el nombre del líder.¹⁸

Esta idea de que es el nombre el que constituye la identidad del objeto/sujeto como efecto retroactivo se apoya en la concepción de la lógica significativa de Lacan que Laclau había puesto en juego en la construcción teórica de su noción de discurso. En otras palabras, es en el marco de una concepción de lo social como un orden simbólico en el que sus elementos/significantes se definen en su referencia mutua y cuya precaria sistematicidad solo puede sostenerse en una heterogeneidad irrepresentable, que cobra sentido la categoría de performatividad del nombrar. Asimismo, esta es la matriz en la que Laclau establece una estrecha vinculación entre los conceptos de punto nodal y significante vacío, ya trabajados en textos anteriores, la productividad del nombrar y la noción de *objeto a*¹⁹. Así, el punto nodal que genera la unidad de una formación social, y que Laclau equipara con el *objeto a*, funciona como un significante vacío en la medida en que es un contenido parcial que encarna ese punto dentro del sistema de significación que es constitutivamente irrepresentable, la plenitud negada de la comunidad. Según Laclau,

...lo que podemos agregar ahora es que la unidad del conjunto equivalencial de la voluntad colectiva irreductiblemente nueva en la cual cristalizan las equivalencias particulares, depende enteramente de la productividad del nombre. Esa productividad deriva, exclusivamente, de la operación del nombre como significante puro, es decir, no expresando ninguna unidad conceptual que la precede.²⁰

La conclusión de esta primera pesquisa en la perspectiva psicoanalítica no resulta sorprendente si se realiza un recorrido por los anteriores textos de Laclau:

Los mecanismos retóricos, como hemos afirmado desde el comienzo, constituyen la anatomía del mundo social²¹

Para una indagación que comenzó con el problema freudiano de la identificación y la insistencia en el carácter libidinal de los vínculos sociales vistos desde esa perspectiva, esta conclusión tiene

gusto a poco. Es verdad que Laclau sostiene que para explicar esta capacidad del nombre de tornarse en fundamento de la cosa, es necesario “*explorar la cuestión desde dos ángulos sucesivos: el primero tiene que ver con las operaciones significantes que se requieren para que un nombre desempeñe tal rol; el segundo, con la fuerza que, por detrás de esas operaciones, las hace posibles.*”²² Sin embargo, el énfasis puesto por el autor en la importancia de la investidura afectiva hubiera habilitado una revisión de la distinción entre identificaciones imaginarias y simbólicas puesta en juego por Lacan para pensar la constitución de las subjetividades. Este camino, que ya había sido abierto, por ejemplo, por las preguntas althusserianas en torno de la constitución subjetiva que el propio Laclau toma como punto de partida en sus primeros artículos publicados a fines de la década de 1970²³, queda sin explorar también en este libro.

En esta primera exposición, entonces, el planteo de Laclau tiene la virtud de subrayar la manera en que la operación de la identificación es capaz de conformar una unidad, su papel en la configuración tanto de las “identidades” políticas como del espacio social y, en este marco, indicar el carácter central del afecto. Aún así, en este último plano, no avanza en la construcción de categorías que permitan dar cuenta de esta dimensión y de su papel en la política. El énfasis en la importancia de la libido en la comprensión de los vínculos sociales no impide que la lógica significativa, todavía en estos desarrollos, sea suficiente para dar cuenta de la constitución política de los sujetos.

La lógica del *objeto a*.

En tanto particularidad que asume el lugar de la universalidad imposible, el *objeto a* tiene un lugar en las elaboraciones teóricas de Laclau desde los artículos publicados en *Emancipación y diferencia*. Sin embargo, la problemática del goce que la noción de *objeto a* supone se introduce por primera vez en *La razón populista*; más específicamente en la segunda cuestión que Laclau pone en juego a la hora de pensar la productividad de la nominación desde el psicoanálisis, es decir, la fuerza que hace posibles las operaciones significantes. Esto que Laclau denomina “investidura radical” es lo que nos va a interesar explorar a continuación.

Cuando un significante puro ocupa el lugar de designar a la comunidad, señala el autor, no lo hace a través de conexiones lógico-conceptuales, sino a través de operaciones atributivo-performativas. No hay ninguna propiedad del significante que permita explicar la manera en que éste pasa a nombrar/ constituir la unidad de una comunidad. Esta capacidad performativa sólo puede ser explicada por la investidura de la que es objeto.

Laclau sostiene que entre significación y afecto existe una estrecha vinculación. En cualquier formación discursiva, por tanto, la dimensión de significación y la dimensión afectiva se presentan articuladas. En sus propias palabras:

No hay ninguna posibilidad de un lenguaje en el cual las relaciones de valor se establecieran solamente entre unidades formalmente especificables. (...) se requiere el afecto si la significación va a ser posible. (...) (Al mismo tiempo), el afecto no es algo que exista por sí solo, independientemente del lenguaje, sino que sólo se constituye a través de la catexia diferencial de una cadena de significación. Esto es exactamente lo que significa 'investidura'. La conclusión es clara: los complejos que denominamos 'formaciones discursivas o hegemónicas', que articulan las lógicas de la diferencia y de la equivalencia, serían ininteligibles sin el componente afectivo.²⁴

En el libro que estamos analizando, el autor apunta a desentrañar la especificidad de la lógica política que opera en el populismo y, por lo tanto, en cualquier relación hegemónica. Lo que le interesa, en este sentido, es buscar herramientas para explicar la manera en que esta dimensión afectiva interviene para que un elemento particular pueda ocupar el lugar imposible de la universalidad.

A través de las elaboraciones de Joan Copjec²⁵, Laclau realiza un recorrido que lo lleva desde la noción freudiana de pulsión –que tiene a la muerte como objetivo en la medida en que apunta a un estado anterior de inanimación, fuera del tiempo- hacia el *objeto a* lacaniano – asociado a los objetos parciales en los que necesariamente se tramitan las pulsiones-. El argumento que une ambos conceptos es que la pulsión apunta hacia una ilusión retrospectiva, una plenitud mítica -identificada con la díada primordial madre/ hijo- que, ilusoriamente, contiene todo y es autosuficiente. La noción lacaniana de *das Ding* (*la Cosa*) alude, más específicamente, a ese goce irremediablemente perdido que une a la madre primordial y que, al ser irrepresentable, genera una brecha en el orden significante. Lo fundamental es que esta pérdida del goce primordial no implica un límite para el pensamiento o la representación, sino que introduce un vacío en el orden del Ser. Lo Real aparece, de esta manera, estrechamente asociado al goce que, a su vez, interviene como factor explicativo para pensar el carácter imposible de una totalidad suturada.

Ahora bien, Laclau resalta siguiendo la lectura que Copjec realiza de Freud y Lacan que no existe una única y completa pulsión, sino solamente pulsiones parciales. En palabras de Copjec:

Algún obstáculo inherente –el objeto de la pulsión- frena y simultáneamente la fragmenta o dispersa, la restringe impidiéndole llegar a su objetivo y la divide en pulsiones parciales. En vez de perseguir la Nada de la aniquilante insatisfacción, las ahora parciales pulsiones se contentan con estas pequeñas nadas, estos objetos que las satisfacen. Lacan los llama objetos *a*; y son, por así decirlo, simulacros del objeto (materno) perdido o *das Ding*, en palabras de Freud y Lacan.²⁶

A través de la lectura que Lacan realiza de la noción freudiana de *Vorstellungrepräsentanz*²⁷, Copjec y Laclau resaltan que en estos objetos parciales quedan “rastros” de este goce perdido. Sin embargo, los objetos no son meros representantes de la *Cosa* inaccesible. Más aún, *das Ding*, no puede pensarse más que como una hipótesis, un efecto retroactivo de la operación significante que la postula como totalidad perdida. En este sentido es que los objetos parciales son “elevados

a la dignidad de la Cosa” y el goce ligado a ellos es por entero producto de la operación significativa.

Lacan denomina sublimación a este mecanismo por el cual un objeto parcial se convierte en la totalidad que estructura la escena en la que se planta el sujeto; por el cual un objeto puede elevarse al lugar de la Cosa. Según Copjec:

Contra lo que vulgarmente se piensa, la sublimación no es algo que le ocurre a la pulsión bajo circunstancias determinadas: es el destino propio de la pulsión. Este alineamiento de la pulsión con la sublimación esclarece un equivocado lugar común acerca de la sublimación según el cual ésta sustituye un placer carnal y brutal por otro más refinado o más respetable socialmente. Lacan resume su complejo argumento sobre la pulsión de muerte mencionándola varias veces en su seminario de Ética como ‘sublimación creacionista’ (...)²⁸

Y unas páginas más adelante insiste:

No podría haber una definición más acertada de pulsión/ sublimación: desea tanto lo que ocurre que aquello que viene de afuera se vuelve indiferenciable de lo que escoge. Construcción y descubrimiento, pensar y ser, pulsión y objeto están soldados. Esta definición evoca la creación pulsional ex nihilo de un objeto, de una cosa, en ese mismo lugar donde el goce unificado, das Ding, está ausente. (...) El afecto del goce –la satisfacción en el objeto- no es pasivo; surge a través del don activo del amor.²⁹

Tres son las cuestiones puestas en juego por estos párrafos que cabe resaltar. En primer lugar, no hay otro camino posible para la pulsión más que el de la sublimación. En segundo lugar, este objeto de la sublimación es al mismo tiempo dado y construido por la subjetividad ya que lo que lo conforma como tal es el propio investimento afectivo. Al caracterizar este objeto pulsional, en su seminario sobre *La ética del psicoanálisis*, Lacan indica que

A nivel de la sublimación, el objeto es inseparable de las elaboraciones imaginarias y muy especialmente de las culturales. No es que la colectividad simplemente los reconozca como objetos útiles –encuentra en ellos el campo de distinción gracias al que puede, en cierto modo, engañarse sobre das Ding, colonizar con sus formaciones imaginarias el campo de das Ding. En este sentido se ejercen las sublimaciones colectivas, socialmente aceptadas.

“La sociedad encuentra alguna felicidad en los espejismos que le proveen moralistas, artistas, artesanos, hacedores de vestidos o sombreros, los creadores de las formas imaginarias. Pero el mecanismo de la sublimación no debe buscarse simplemente en la sanción que la sociedad les aporta al contentarse con ellos. Debe buscarse en una función imaginaria, muy especialmente aquella para la cual nos servirá la simbolización del fantasma, que es la forma en la que se apoya el deseo del sujeto.³⁰

En este sentido, y más allá de resaltar el hecho de que el objeto pulsional puede pensarse a la vez como construcción/ descubrimiento, en estos párrafos se subraya la importancia analítica que tienen las formaciones imaginarias, y entre ellas el fantasma, para dar cuenta del papel de la dimensión afectiva. Esto nos resulta de particular interés ya que a pesar de que trabaja con

nociones del psicoanálisis que suponen su eficacia, Laclau no incorpora de forma sistemática este registro en la configuración de sus herramientas teóricas.

En tercer lugar, y retomando las implicancias de los señalamientos de Copjec, no se trata de que el objeto parcial evoque o represente la totalidad ausente sino que se convierte en su nombre propio; es él mismo lugar de satisfacción pulsional, objeto de goce. El objeto en el que la pulsión se satisface, por lo tanto, se convierte en un parte que es el todo³¹.

Llegados a este punto, tenemos todos los elementos para volver sobre la noción de “investidura radical”. Según Laclau:

... no hay nada en la materialidad de las partes particulares que predetermine a una u otra a funcionar como totalidad. No obstante, una vez que una parte ha asumido tal función, es su misma materialidad como parte la que se vuelve fuente de goce. (...) El objeto de la investidura puede ser contingente, pero ciertamente no es indiferente, no puede ser cambiado a voluntad. Con esto logramos una explicación completa de lo que significa investidura radical: el hacer de un objeto la encarnación de una plenitud mítica. El afecto (es decir, el goce) constituye la esencia misma de la investidura, mientras que su carácter contingente da cuenta del carácter radical de la fórmula.³²

En este sentido, Laclau considera que el *objeto a* lacaniano constituye un elemento clave de la ontología social. La idea de que la sociedad –como totalidad suturada- es imposible y que, por lo tanto, es siempre un elemento particular el que encarna inadecuadamente esa totalidad recorre todos los trabajos de Laclau desde *Hegemonía...* hasta *La razón populista*. En este último libro, la lógica del *objeto a* le permite posicionarse tanto frente a las posturas esencialistas como a las nominalistas apoyándose en la noción lacaniana de lo Real pulsional que, como imposibilidad transhistórica, impone sus condiciones a las formaciones discursivas históricas que operan como suplencias. La lógica del *objeto a*, entonces, le ayuda a concebir una totalidad/ universalidad que indefectiblemente es nombrada/constituida por una parte que al ser investida libidinalmente encarna su plenitud imposible. En uno de los artículos publicados en *Debates y Combates* Laclau sintetiza:

He intentado demostrar en *La razón populista* cómo la lógica de la hegemonía y la del objeto a lacaniano se superponen en buena medida y se refieren ambas a una relación ontológica fundamental en la cual lo pleno sólo puede ser tocado a través de su investimento en un objeto parcial; que no es una parcialidad dentro de la totalidad sino una parcialidad que es la totalidad. (...) El punto relevante para nuestro tema es que lo pleno –la Cosa freudiana- es inalcanzable; es tan sólo una ilusión retrospectiva que es sustituida por objetos parciales que encarnan esa totalidad imposible. (...) Como he intentado mostrar, la relación hegemónica reproduce todos estos momentos estructurales: una cierta particularidad asume la representación de una universalidad que siempre se aleja. (...) (El modelo de la hegemonía/objeto a) concibe lo pleno como inalcanzable porque carece de todo contenido (y) ve el investimento radical en un objeto como el solo camino para lograr una cierta plenitud.³³

Ya sea a partir de la noción de identificación para pensar los vínculos sociales como libidinales o de la recuperación de la lógica del *objeto a* para conceptualizar la especificidad de las articulaciones hegemónicas, el afecto aparece como una cuestión central en el último trabajo de Laclau. En este sentido resulta interesante cómo, si bien el autor sigue construyendo su punto de vista en el marco de conceptos y problemas que había inaugurado en *Hegemonía y estrategia socialista*, apoya más explícitamente su razonamiento en las herramientas que le brinda el psicoanálisis. Tanto en la reflexión sobre la configuración de cualquier orden político- social como en el tratamiento del problema de la constitución de las identidades políticas las huellas del psicoanálisis son claramente visibles.

En esta forma de pensar lo político, los problemas de la subjetividad y la dimensión afectiva parecen tener un papel central. A través de la identificación y del *objeto a*, el afecto se pone en juego como sostén de la experiencia vivida – al punto que Laclau habla de “adhesiones profundas” para caracterizar la investidura que supone cualquier articulación hegemónica- y la vivencia aparece como un componente ineludible para pensar las intervenciones políticas. Es claro que la incorporación de estas nociones deja a Laclau bastante lejos del inicial intento de resolver las cuestiones atinentes a los sujetos políticos utilizando exclusivamente el concepto de posiciones de sujeto.

Sin embargo, en el recorrido que acabamos de esbozar, resulta evidente que la manera en que Laclau utiliza el psicoanálisis para construir herramientas teóricas para el análisis político deja una buena cantidad de interrogantes pendientes. En buena medida, el diálogo que Laclau despliega con el psicoanálisis a lo largo de su obra se concentra casi exclusivamente en un punto: cómo concebir lo social como una totalidad no-suturada. Si bien en este terreno, la apropiación de la perspectiva psicoanalítica y su concepción de lo Real asociado a un goce irremediamente perdido y motor de la incesante escritura simbólica resulta sumamente fructífera, las nociones que de ella retoma, no lo llevan a avanzar en la construcción de herramientas teóricas que iluminen el papel de la subjetividad en las prácticas políticas. Si, tal como mencionamos, Althusser ya había enfatizado la importancia del afecto a la hora de articular el carácter imaginario de la vivencia con las estructuras ideológicas inconscientes a través de la interpelación, el análisis de los textos de Laclau nos lleva a preguntarnos si acaso el tratamiento de la carga libidinal que conlleva la identificación o del goce involucrado en la satisfacción pulsional son elementos suficientes para indicar un camino nuevo a la hora de indagar en la participación de la dimensión afectiva en las intervenciones políticas.

Más aún, creemos que el filósofo político argentino no le brindó el mismo espacio que dedicó a la construcción de categorías para dar cuenta del funcionamiento de la lógica significante a una reflexión destinada a hacer inteligibles los mecanismos afectivos con los que ésta necesariamente se articula. Así, no logra más que acentuar el carácter decisivo que la dimensión afectiva tiene en el proceso por el cual *“la plenitud no es alcanzada y objetos parciales dentro de*

la sociedad (objetivos, figuras, símbolos) son investidos de tal manera que se convierten en los nombres de su ausencia³⁴ sin avanzar en la construcción de las herramientas teóricas necesarias para hacer inteligible su papel.

Un breve comentario final

Desde nuestro punto de vista, buena parte de las limitaciones de los carriles a partir de los cuales, a la luz de la lectura de Joan Copjec, Laclau comienza a incorporar la dimensión afectiva a su edificio teórico en *La razón populista* están asociados a que no logra romper con una particular puesta en juego de los registros lacanianos presente en toda su obra. Para Laclau la articulación entre lo Simbólico y lo Real toman el lugar protagónico, y lo Imaginario queda excluido de sus exploraciones. En este marco, entonces, el afecto se vincula exclusivamente con el problema del goce. Empresa en la que, de todas formas, no avanza en la construcción de herramientas concretas que le permitan hacer operativa su afirmación de que el afecto es fundamental a la hora de entender los fenómenos políticos. En este plano, y después de diversos rodeos, Laclau no logra ir más allá de las intuiciones althusserianas que le sirvieron como matriz de lectura para acercarse al psicoanálisis³⁵.

La exploración de este texto de Laclau en busca de la participación del psicoanálisis en la construcción de herramientas para el análisis político que realizamos en el presente trabajo nos sitúa, de todas formas, en un umbral fructífero para indagaciones futuras. Es que la comparación y la confrontación de su lectura con la problemática althusseriana señala un camino posible para sopesar la productividad del psicoanálisis a la hora de dar cuenta de la dimensión afectiva en los procesos políticos: la puesta en juego de herramientas teóricas que permitan trabajar esta articulación entre lo Simbólico y lo Real que ensayó Laclau sin descuidar el registro Imaginario, cuya importancia indicó Althusser. Sin desestimar la potencial productividad de otros conceptos (síntoma, *sinthome*, plus-de-goce, etc.), consideramos que una investigación en torno del fantasma resultaría especialmente fructífera. Es que esta noción permite vincular los dos conceptos desde los cuales Laclau avanzó en una reflexión sobre la dimensión afectiva de la subjetividad –identificación y *objeto a*- otorgándole, al mismo tiempo, un lugar al registro Imaginario. En este sentido, las observaciones que en *Visión de paralaje* realiza Žižek³⁶ sobre los límites de los planteos de Laclau apuntan en una dirección similar a la que aquí proponemos para indagaciones posteriores. Según Žižek:

Aunque Ernesto Laclau está en la senda correcta al enfatizar el rol necesario del objeto a para volver a operativa a una construcción ideológica, mutila la verdadera dimensión de este rol cuando lo restringe al hecho de la hegemonía (de cómo el vacío del Significante Amo debe ser llenado con cierto contenido particular). Aquí las cosas son mucho más precisas: dado que el objeto a es (también) objeto de la fantasía, la trampa reside en lo que uno se tiente de llamar, con Kant, el rol de “plan trascendental” jugado por el objeto a –una fantasía

constituye nuestro deseo, brinda sus coordenadas, es decir que literalmente “nos enseña como desear”. (...) la fantasía media entre la estructura formal simbólica y la positividad de los objetos que encontramos en la realidad, es decir que brinda un “plan” según el cual ciertos objetos positivos de la realidad pueden funcionar como objetos del deseo, llenando los lugares vacíos abiertos por la estructura formal simbólica³⁷

El fantasma, tal como lo indica Žižek, aparece como una trama o una escena que, al tramitar el goce y configurar el deseo, organiza nuestra relación vivida con el mundo. Los potenciales aportes para pensar la subjetividad y su participación en la institución de lo social queda pendiente para el desarrollo de futuras indagaciones sobre el tema.

¹Laclau, E. *La razón populista*, FCE, Buenos Aires, 2005.

²Freud, S. *Psicología de las masas y análisis del yo*, (1921) en *Obras Completas, Tomo XVIII*, Amorrortu, Buenos Aires, 2004, p. 99.

³ Utilizamos para indicar esta dimensión de análisis el término que presenta el propio Laclau a pesar de su ambigüedad y su falta de especificidad ya que en este nivel de la investigación permite aludir a una variada serie de conceptos que analizaremos más adelante.

⁴ Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 11.

⁵ Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 10.

⁶ Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 16.

⁷ Sosa, María Martina “Discurso y sujetos políticos en la propuesta teórica de Ernesto Laclau: Una indagación de los aportes del psicoanálisis a la construcción de categorías para el análisis político.”, Tesis de Maestría, Marzo 2009. El examen desplegado en este trabajo parte de la hipótesis de que es posible diferenciar tres “momentos” en la obra de Laclau que permiten detener para su análisis el recorrido a través del cual realiza una creciente apropiación y articulación de problemas y conceptos provenientes del psicoanálisis: a) Un primer momento centrado en la lógica del signifiante y las posiciones de sujeto cuyo texto central es *Hegemonía y estrategia socialista*; b) Un segundo momento en el que el autor explora, en una serie de artículos y entrevistas publicados entre 1985 y 2005, la importancia de lo Real y la vinculación entre la categoría de sujeto y el espacio de la política; c) Un tercer momento, que es el que nos ocupa en la presente ponencia, en el cual la preocupación central está puesta en el investimento afectivo en la constitución de los sujetos políticos.

⁸ Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p.75.

⁹ Freud, S. Ob. Cit., 2004, p. 67.

¹⁰ Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 10.

¹¹ Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 77.

¹² Miller, J. A. *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Paidós, Buenos Aires, 2006a, p.16.

¹³ Según Mazzuca, en la lectura de Lacan “se sistematizan las identificaciones freudianas al distinguirlas en tres tipos: la identificación primaria, la identificación regresiva y la identificación histérica. A medida que la enseñanza de Lacan se difunde y esa lectura es cada vez más conocida, se ha comenzado a escuchar casi al modo de un catecismo, que en Freud hay tres tipos de identificación. Al punto de que se las cree encontrar leyendo el capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo*. Se ha dejado de ver el bosque y las ramas.

“(…) Debemos señalar inicialmente que allí Freud distingue y describe por lo menos seis tipos de identificación.” (Mazzuca, R. “Las identificaciones en la obra de Freud: un conjunto heteróclito” en Mazzuca, R. Shejtman, F. y Godoy, C. *Cizalla del cuerpo y del alma. La neurosis de Freud a Lacan*, Berggasse 19 ediciones, Buenos Aires, 2004, p. 345.)

¹⁴ Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 77.

¹⁵ Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 88.

¹⁶ Para un desarrollo más amplio de esta discusión ver Žižek, S. *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, México, 1992.

¹⁷ Siguiendo esta línea Stavrakakis señala que “un muy buen ejemplo de la importancia del *point de capiton* en la construcción y coherencia de una colectividad/objetividad sociopolítica es la descripción freudiana de los lazos que mantienen en cohesión a una masa, tal como está desarrollado en *Psicología de las masas*. En la concepción de Freud, lo que puede unir a miles de personas, es la relación –y la investidura libidinal de esta relación- de cada uno de ellos con un líder (político, religioso o militar) o con una idea que ocupa la posición de un *point de capiton*, un punto común de referencia. Cuando el líder desaparece (...) la masa se desintegra. Es el *point de capiton* entonces lo que crea la unidad.” (Stavrakakis, Y. *Lacan y lo político*, Prometeo, Buenos Aires, 2007, p. 120).

¹⁸ Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 129 -130.

¹⁹ Hasta aquí, sin embargo, la noción de *objeto a* no es más que uno de los significantes de la cadena equivalencial que Laclau construye con su argumentación. No se ponen en juego en este primer desarrollo los motivos por los cuales el autor realiza esta asociación entre punto nodal y *objeto a*. Sin embargo, guiados por la manera en que Laclau trabajó el tema en textos anteriores, podemos suponer que es el hecho de que constituye una particularidad que encarna la universalidad imposible aquello que representa el punto de convergencia entre ambas nociones.

²⁰ Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 139.

²¹ Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 141.

²² Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 131.

²³ Laclau, E. *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Siglo XXI, Madrid, 1978. Desde nuestro punto de vista, resulta interesante resaltar que en todos estos ensayos sobrevuela una suerte de evaluación y recuperación – sin duda, crítica- de algunos de los aportes de Althusser al marxismo contemporáneo y a la teoría social, en general. En ese marco, las nociones de sobredeterminación, ideología e interpelación son señaladas como aportes importantes en la reflexión que despliega Laclau sobre lo social, los sujetos y lo discursivo, y su filiación psicoanalítica es claramente explicitada. En este libro, además, las nociones de sobredeterminación e interpelación contribuyen a la configuración de un terreno teórico en el que la contingencia, la dimensión signifiante de lo social y la constitución de los sujetos, tres de los ejes que organizan la posterior propuesta teórica de Laclau, ocupan un papel central.

²⁴ Laclau, E. Ob.Cit., 2005, p. 142 - 143.

²⁵ Es posible leer el análisis completo de Copjec sobre la relación entre la *Cosa* y el *objeto a*, así como sus implicancias para la teoría social en sus libros Copjec, J. *Imaginemos que la mujer no existe. Ética y sublimación*, Buenos Aires, FCE, 2006^a y Copjec, J. *El sexo y la eutanasia de la razón. Ensayos sobre el amor y la diferencia*, Paidós, Buenos Aires, 2006b.

²⁶ Copjec, J. Ob. Cit., 2006^a, p. 60.

²⁷ Según Copjec: "... *Vorstellungrepräsentanz* no es una representación ordinaria sino una clase peculiar de representación que nos permite apropiarnos de algo de no-ser, de algo de goce o satisfacción. (...)

"Queda claro, a partir de esta teoría, que cuando este objeto parcial entra en escena bloquea el camino hacia la antigua concepción de *das Ding*, que ahora es una ilusión retrospectiva. También queda claro que, cuando describe el *Vorstellungrepräsentanz* o representante ideacional como 'delegado' del cuerpo en la psiquis –delegado que, específicamente traiciona a su mandante- Freud en realidad está permitiendo que este representante ideacional desplace y prohíba el retorno a la idea ingenua de un cuerpo que existe separadamente de su delegado y que envía a este último como su representante. El delegado traidor y el objeto parcial no actúan como evidencia de un cuerpo o Cosa que existe en otra parte, sino como evidencia de que el cuerpo y la satisfacción han perdido el apoyo del cuerpo orgánico y la Cosa nouménica. La pérdida de estos apoyos causa la fractura del orden superficial de las apariencias; la escisión en el ser, no entre el ser y su más allá." (Copjec, J. Ob. Cit., 2006^a, p. 64 -65.)

²⁸ Copjec, J. Ob. Cit., 2006a, p. 55.

²⁹ Copjec, J. Ob. Cit., 2006a, p. 68 y 69.

³⁰ Lacan, J. *El Seminario, Libro VII, La Ética del Psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 2003, p. 123.

³¹ Según Miller, la enseñanza de Lacan sobre el goce esta animada por un movimiento en el marco del cual las sucesivas elaboraciones no son siempre complementarias y compatibles entre sí. Esto no parece ser un punto de reflexión, sin embargo, en las elaboraciones de Copjec y de Laclau sobre el tema. Si tenemos en cuenta los términos que Miller utiliza para aprehender los deslizamientos lacanianos sobre el tema, podemos decir que los argumentos de nuestros autores se apoyan en referencias variadas y cruzadas a los "seis paradigmas lacanianos del goce". De todas formas, son los paradigmas III: el goce imposible, -trabajado, sobre todo, en *La ética del psicoanálisis-* y IV: el goce normal –que se presenta en *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis-* aquellos que sostienen el esqueleto teórico que estos autores despliegan. Para una caracterización detallada de estos paradigmas se recomienda la lectura de Miller, J-A. "Los seis paradigmas del goce" en *El lenguaje, aparato de goce. Conferencias en Nueva York y cursos en París*, Colección Diva, Buenos Aires, 2000.

³² Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 148.

³³ Laclau, E. Ob. Cit., 2008, p. 20 – 21.

³⁴ Laclau, E. Ob. Cit., 2005, p. 149.

³⁵ Esta hipótesis está desarrollada en Sosa, María Martina, Ob. Cit., 2009.

³⁶ Slavoj Žižek utiliza el concepto lacaniano de fantasma para elaborar su propia noción de fantasía ideológica. Más allá de los puntos en común o las deudas que nuestro señalamiento puedan tener con su planteo, consideramos fundamental marcar un aspecto en el que su construcción teórica resulta débil. Žižek construye una oposición entre aquellas intervenciones organizadas por el marco de la fantasía ideológica que vela el carácter no suturado de lo social y aquellos actos propiamente políticos que apuntan a señalar, por el contrario, el carácter constitutivo del antagonismo. Desde nuestro punto de vista, esta oposición es un buen ejemplo de los límites de la transposición de conceptos de la clínica a la teoría política. ¿Acaso no es la apuesta clínica de atravesar el fantasma lo que opera como matriz que organiza esta oposición de Žižek? ¿Podemos pensar que la intervención de un sujeto colectivo que se posiciona fantasmáticamente como "objeto de las leyes históricas" no es política? Más aún, ¿acaso no estamos siempre en el terreno de la neurosis o la perversión cuando se trata de pensar las intervenciones políticas? O, en otras palabras, ¿No es, como sostenían Althusser y Balibar, siempre imaginario el elemento en el que se configura nuestra relación con el mundo y, por lo tanto, las intervenciones políticas a través de las cuales se moldean las significaciones en la vida social? Creemos que sólo rompiendo con la ilusión de una terapia colectiva, las categorías del psicoanálisis en general, y la noción de fantasma, en particular, pueden ser herramientas productivas para el análisis político.

³⁷ Žižek, S. *Visión de paralaje*, FCE, Buenos Aires, 2006, p. 63- 64.

Bibliografía

Copjec, J. *Imaginemos que la mujer no existe. Ética y sublimación*, FCE, Buenos Aires, 2006a.

Copjec, J. *El sexo y la eutanasia de la razón. Ensayos sobre el amor y la diferencia*, Paidós, Buenos Aires, 2006b.

Freud, S. *Psicología de las masas y análisis del yo*, (1921) en *Obras Completas, Tomo XVIII*, Amorrortu, Buenos Aires, 2004.

Lacan, J. *El Seminario, Libro VII, La ética del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 2003.

Laclau, E. *Debates y combates. Por un nuevo horizonte de la política*, FCE, Buenos Aires, 2008.

Laclau, E. *La razón populista*, FCE, Buenos Aires, 2005.

Laclau, E. y Mouffe, C. *Hegemonía y estrategia socialista*, FCE, Buenos Aires, 2004.

Laclau, E. *Misticismo, retórica y política*, FCE, Buenos Aires, 2002.

Laclau, E. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2000.

Laclau, E. *Emancipación y diferencia*, Ariel, Buenos Aires, 1996.

Laclau, E. (ed.) *The Making of Political Identities*, Verso, Londres, 1994.

Laclau, E. *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Siglo XXI, Madrid, 1978.

Mazzuca, R. Shejtman, F. y Godoy, C. *Cizalla del cuerpo y del alma. La neurosis de Freud a Lacan*, Berggasse 19 ediciones, Buenos Aires, 2004.

Miller, J-A. *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Paidós, Buenos Aires, 2006a.

Miller, J-A. *El lenguaje, aparato de goce. Conferencias en Nueva York y cursos en París*, Colección Diva, Buenos Aires, 2000.

Sosa, M.M. "Discurso y sujetos políticos en la propuesta teórica de Ernesto Laclau: Una indagación de los aportes del psicoanálisis a la construcción de categorías para el análisis político.", Tesis de Maestría, Marzo 2009.

Stavrakakis, Y. *Lacan y lo político*, Prometeo libros, Buenos Aires, 2007.

Žižek, S. *Visión de paralaje*, FCE, Buenos Aires, 2006.

Žižek, S. *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, México, 1992.